

Jugamos para que el día no muera

Por Mario Ibarra Gómez

Dicen que cada cuatro años los dioses aztecas descienden del Ilhuícatl disfrazados de comentaristas, árbitros, o incluso hinchas. No todos los ven, pero ellos deciden realmente quien juega con el alma, y quien solo corre en busca de oro.

Yo los vi.

O al menos eso creo.

Aquel día, el estadio era un volcán encendido, el sol, como un ojo despiadado, observaba el campo de la Ciudad de México: el Estadio Azteca; una luz que abrazaba los cuerpos de quienes con actitud, luchaban por la gloria de coronarse como los mejores del mundo. Era un desierto de metal y humo, donde cada sombra tenía dueño, y no cabía ni el viento entre los autos, sus motores dormidos provocaban que el ambiente hirviera.

Mi madre, allá afuera del estadio, junto a su puesto de elotes asados, sostenía una canasta de mimbre que olía a maíz tostado, listo para la fila infinita de hambre y humo que rodeaba el lugar. Sus manos, marcadas por fuego del comal, y sus ojos, pequeños y oscuros, brillaban cansados.

Yo me colé con un boleto perdido, arrugado, todavía tibio del sudor de otro turista, quien sin haberse dado cuenta, había dejado caer este preciado papel.

-Cuida la canasta, mijo- escuche de mi madre entre todo el bullicio. Yo obedecí.

Procedí a caminar entre las montañas de plástico, y las escaleras de cemento del coloso, hasta que la luz del campo me cegó. El pasto mojado y el viento que soplaba con fuerza esa tarde, cargaba historias que parecían susurrar desde tiempos antiguos. “Elotes dorados, con mayonesa y chile”, “¡Llévele, llévele, los de la suerte!”, se me escapaban como un tic tac desde el fondo de mi alma, siempre las mismas, siempre urgentes.

En los pasillos, el olor a cerveza se mezclaba con el humo de los tamales, y el grito de los vendedores ambulantes propiciaban una atmósfera espesa...caliente; donde la multitud parecía fundirse en un solo cuerpo. Desde las gradas temblaban los himnos, y las banderas parecían cual lenguas de fuego. El silbatazo sonó y el balón se elevó al cielo. Entonces la vi, la serpiente de luz que descendía lentamente entre los reflectores, nadie más lo notó. Su piel era como oro fluido, que se movía con una gracia que no podía describir. Nadie gritó.

-¿Sabes por qué el balón es redondo? - susurró una voz suave, tan tenue que parecía pensamiento. -No, señor - respondí, aunque el corazón me latiera con tanta fuerza. - Porque recuerda al sol que los hombres olvidaron honrar.

Entonces el mundo cambió.

No fue el estadio lo que desapareció, supongo que fui yo quien dejó de pertenecerle. El aire se volvió más denso, húmedo, y el tiempo lo llenó de polvo. Las líneas de pintura blanca del campo se borraron como si el viento les hubiera soplado; el verde se volvió piedra; y el ruido, tambores. A cada lado, los muros se alzaban, uno frente al otro, colgaban de ellos aros de piedra: circulares, pesados y majestuosos, cual ojos de un dios esperando la pelota.

Sentí que el mundo se doblaba bajo mis pies, quizás por mis tennis algo ya usados, pensé. El pasto se hundió, se desmoronó, y en su lugar brotó una piedra de forma peculiar, no una cualquiera, no una banqueta, no de esas grises del Metro; esta era diferente, forma humana, tallada por otro tipo de jugadores; no aquellos que salen en comerciales, o que reclaman penales injustos, sino los del tipo que comprendían, que si no se juega bien, el sol podía apagarse para siempre.

Y ahí estaba yo, Tecuani, preocupándome intensamente por lo que diría mi madre si se enteraba que había perdido la dichosa canasta. Sin embargo, me repetía incansablemente la perfecta excusa, como si fuera un reloj descompuesto: "nadie me había invitado, nadie me esperaba, te lo juro". Me sentía como esos granos de elote que se caen y se pierden en las ollas. Pero ahora estaba aquí. Sin otra opción, me acerqué lentamente a la cancha.

En ese momento los vi, recuerdo haberlos estudiado en un libro de texto de historia, mi primer pensamiento fue que los jugadores ya no eran jugadores, omitiendo el hecho de que carecían de su uniforme verde. O no sé si lo seguían siendo. Llevaban penachos, su cara pintada con grecas que temblaban con cada respiración, y cintas de obsidiana cruzadas al pecho, que sujetaban su alma para que no se escapara. El balón era diferente, estaba manchado de lodo y de lo que parecía ser hule. Sentí que mis huesos fueron atraídos al centro, puesto que no recuerdo haber caminado.

Corrían. Los guerreros corrían descalzos, con los músculos tensos, y el sudor mezclado como pintura. Procuré seguir el balón con la mirada, mientras golpeaba las losas y las caderas. Sentía el calor del día quemando mi piel canela. Cada golpe era una plegaria. Cada rebote un dios respirando y un día más de sol; con la insistencia de un corazón que no quería morir.

-El juego no puede detenerse-, dijo la misma voz, ahora más cerca. -Si se detiene, el sol caerá. El capitán levantó el balón, de su frente brotaba un cauce rojo que le ardía la piel. Sus ojos buscaron los míos. Fue telepático, fue mágico; supe que tenía que entrar. El capitán, alzó la mano ensangrentada, señaló el balón -Juega-, susurró, -el día depende de ti-. Ya era parte del juego, del sacrificio, o del ritual. No obstante, me aterraba más pensar que su luz pudiera olvidarme.

Una oleada de calor me recorrió entero. De pronto, el silbato. Los jugadores caminaron hacia los vestidores y en mis manos estaba la canasta. Medio tiempo, marcador 0-0, se escuchó. Un hombre me preguntó si estaba bien. Asentí. Pero no podía apartar de mi mente la imagen del capitán, de su calma al morir, sentía el estómago revuelto, jadeando, con la piel húmeda y las manos cerradas. A mi alrededor, la gente hablaba de goles fallados, que el árbitro estaba comprado, de jugadas polémicas. Nadie había visto nada. Nadie más que yo.

Me quedé quieto, mirando el sol, sentí que este me observaba, redondo, sereno, y como si no lo estuviera esperando, sucedió de nuevo. En el primer momento que pude enfocar mi mirada, observé al capitán caer; lo miré, tendido, con su respiración lenta. Una figura se acercó; intenté correr, pero mis piernas se negaban. Yo quise

retroceder, pero algo me sujetó. Un brazo, una mano, o tal vez la voluntad de los dioses como si se trataran de titiriteros, la verdad no recuerdo. Uno de ellos me señaló y mi corazón al igual que los tambores, aumentaron su cadencia. El aire olía raro, a piedra mojada. Me recordó el humo de las veladoras que mi mamá prendía para rezar por las malas ventas, quise llamarla, pero la voz no me salía. Y sucedió.

Solo 15 minutos pasaron, me quedé sorprendido. Más abajo, los jugadores se formaban. Desde aquí arriba parecían estatuas, fijas, esperando una orden invisible. El balón en el centro. Blanco. Quieto. Y por un segundo, cuando la luz del sol llegó a mi pupila, la vi, la serpiente. Un sol pequeño, y supe que algo iba a pasar.

Vi el aro, pero seguí corriendo. Fue inevitable voltear para atrás. Uno se arrodilló, el más joven, el más ágil, el que había hecho el punto. No dijo nada, solo se recostó en la piedra, y abrió sus propios brazos como de quien entrega su cuerpo no por dolor, sino porque entendió que ese era el juego.

Un sacerdote vino, la obsidiana bajó, y otro río apareció; no hubo dolor, ni gritos. Solo una pausa, un súbito fogonazo, como si el mundo hubiera exhalado.

Silencio. Un silencio pesado. Y yo... yo temblé...

No sabía si estaba soñando. Pero no quise moverme; me senté en el primer asiento libre, un hombre me miró raro, pero no dijo nada. Me temblaban los dedos, el pecho, todo.

Por fin lo entendí, aquella piedra era un lugar de sacrificio. Pero, más allá de eso, pensé en mi querida madre, en su espalda mojada, su delantal sucio, y su olor a manteca. En el recuerdo de sus manos vendiendo luz en forma de elote, mientras nadie la observa.

Pensé.

¿será que ella también se sacrifica?

¿será que todos lo hacemos y no nos damos cuenta?

Y entonces, sonó el silbatazo.

Y el balón voló hasta terminar en mis pies, rodó solo, nadie lo tocó. Se detuvo delante de mí como si me conociera.

Y ahí, parado frente al balón, la serpiente me abandonó.

Y cuando di el primer paso, el cielo se partió.

Y yo...

ya no supe qué hacer.

FIN